

HISTORIAS DE PIENDAMÓ

Sin querer me enteré que los muchachos del naciente poblado pegaban sus orejas a los rieles para saber si ya iba a llegar el tren. El alboroto y la gritería unidos a los pitos del enorme gusano metálico me despertaron sobresaltado: ¡YO VENÍA EN EL TREN!

Al asomarme por la ventana me asaltaron las vendedoras de pandebono caliente, chuzos de carne asada, quesos de hoja usendeños, masas de choclo y refrescos chupis, gaseosa la Reina y cerveza fría, quienes con sus vestidos multicolores se peleaban la clientela que se bajaba por haber llegado a su destino.

La ESTACIÓN DEL TREN DE PIENDAMÓ era una mágica feria rodeada por casetas de guadua y zinc convertidas en restaurantes y bares de dudosa reputación en los que mujeres regordetas y maquilladas encostaladas en minifaldas provocadoras desplumaban a los clientes quedándose con el fruto de su sudor y trabajo infatigable de toda la semana.

La ESTACIÓN retumbaba con el chirrido producido por los vagones sobre los rieles mientras alimentaban a la máquina con carbón y agua para proseguir su viaje. Venía con mi padre a recibir y conocer la Hacienda de Jebalá, comprada a la curia en Popayán, lugar éste donde se aislaban en retiros espirituales a los curas y diáconos de la región. Con prisa y empujones bajamos del tren con nuestra maleta y caminamos por la calle principal ancha y polvorienta, en busca del transporte que nos llevara hasta el TÚNEL, la entrada a JEBALÁ.

Piendamó era una calle larga adornada a lado y lado por casonas de uno y dos pisos, construidas sobre un terraplén para que el peso de los camiones no dañara sus cimientos. Casas multicolores con

negocios en el primer piso y habitados en el segundo por gentes sencillas y buenas venidas del campo y por forasteros venidos de todos los rincones de la patria en busca de un mejor futuro. Mientras esperábamos a un viejo amigo de mi padre, dueño del transporte, supe que mi abuelo tuvo en concesión el estanco del pueblo y que manejaba el monopolio de licores y tabaco, gracias a los conservadores que gobernaban el departamento y a la godarria de mi padre. Igualmente supe que mi tío Luis Ernesto fue uno de los primeros en traer un carro de servicio público al pueblo y eso era una epopeya digna de reconocimiento.

De modo que me pareció fantástico que tanto mi abuelo como mi tío hicieran parte de la historia de este poblado pujante y floreciente. De repente se paró mi padre y agitando los brazos llamaba a Don Gerardo...;hasta que se hizo oír! Un Willys sin carpa frenó a nuestro lado y en medio de abrazos y saludos nos permitió subir a su jeep. Maletas y pasajeros recorrimos la calle principal hasta la tienda de pan casero, que aún hoy sigue atendiendo a su clientela con sus deliciosos productos cocidos en horno y fogón de leña. Comprado el pan, don Gerardo le expresó a mi padre la necesidad de ir a reunirse con sus amigos conservadores para trazar estrategias y no permitir que los liberales se tomaran el control del municipio ya que en forma inesperada éstos le habían quitado la cabecera municipal a TUNÍA, tierra goda por excelencia.

Don Gerardo Franco, un conquistador paisa, aventurero y andariego, encontró su paraíso en Piendamó, se asentó con su familia para no irse y allí la formó con pasión y trabajo, siendo por dos ocasiones alcalde inmaculado y progresista que con gran visión le abrió el camino al municipio para entrar a la modernidad y brindarles a los pobladores los servicios públicos esenciales; agua potable, energía, salud y futuro. Con él pasamos a recoger a don Víctor Valencia, dueño del almacén más grande de productos

agropecuarios y veterinarios, y al Señor Hugo Ballesteros, para ir hasta donde don Jaime Ortega, quien tenía su casa – taller a la salida hacia Cali, y allí con una decena de copartidarios fraguaron las estrategias electorales para no dejarse quitar el gobierno.

Terminada la reunión y para poder ir hasta el túnel don Gerardo devolvió con maestría su jeep y echando polvo llegó hasta la única bomba de gasolina ubicada en la salida hacia Popayán, en donde hoy funciona la terminal de transporte. Así llegamos a nuestro destino donde esperaban los caballos y la indumenta al nuevo patrón. Pasados los años y en época de vacaciones, la juventud de la región y de Cali y Popayán encontraba en Piendamó el lugar perfecto para gozar, enamorarse, rumbear hasta más no poder y soñar y soñar.

Don Mario Camacho, vecino nuestro en Cali, había forjado su fortuna comprando neveras y refrigeradores quemados en los incendios y reparándolos y ya como nuevos ir a venderlos en los pueblos; así conoció Piendamó y se enamoró tanto de él. Él compró una enorme casa vieja ubicada al lado de la estación, y después de tumbarla construyó el primer gran hotel, con piscina incluida del pueblo. El Hotel Estación contaba con comedores, bar, habitaciones dobles y sencillas y la gran piscina con trampolín, y por todo esto era un punto de encuentro de viajeros y jóvenes de Cali, Popayán y pueblos vecinos para jugar, divertirnos y enamorarnos.

Cuando bajamos caminando hasta el puente viejo del río Piendamó y hacíamos sancocho con leña. Ya rendidos, regresábamos al hotel a dormir y descansar tomando impulso para la bailada en las casetas del pueblo, levantadas para las festividades de julio con excelentes orquestas y rumba hasta el amanecer. Estando de baño en el río nos escondíamos entre la vegetación para ver como las amigas se desvestían y ponían el

traje de baño, hasta que nos pillaron y nos calentaron las nalgas con ortiga prohibiéndonos la junta, para volver así a los encuentros clandestinos. Las ferias de Piendamó se volvieron inolvidables para todos los que nos las gozamos hasta más no poder.

Poco a poco Piendamó se convirtió en un puerto seco al que llegaban las mercancías y las cosechas para ser comercializadas, traídas de Totoró, Silvia y Pasto y muchas confituras ecuatorianas. Por esta razón los días de mercado tuvieron que ser dos: los miércoles y los sábados, días en que el poblado se volvía intransitable por la cantidad de gentes, cabalgaduras, mulas de carga y ganado para negociar en el casco del pueblo, en medio de una algarabía multicolor.

Después de una trayectoria de aprendizajes y experiencias y cultivando amistades que aún hoy perduran con quienes seguimos vivos y tras el devastador terremoto de Popayán que afectó seriamente a las gentes de Piendamó, del campo y el poblado, tuve el honor de inaugurar el Colegio para niñas ubicado enseguida de la Iglesia parroquial, así como las canchas de la vereda Camilo Torres y sus graderías y la reconstrucción de muchas de sus escuelas sacudidas o destruidas por el sismo, haciendo equipo con don Luis Alfonso Moreno y Rosita su esposa, con don Víctor Valencia y su hijos, con Jaime Ortega y don Olmedo Calderón, Esmeralda Sarria y sus hermanos, habiendo conspirado entre todos para fundar el barrio de Amagá que hoy es una realidad, siendo director de orquesta Don Gerardo Franco, líder y conductor sabio y valiente.

Finalmente tuve la fortuna de adquirir una parcela en la salida del pueblo, abajo del cementerio donde construí un criadero de caballos al que bauticé “EL CORAZÓN” y desde el cual organizamos inolvidables cabalgatas con todos los caballistas del